

Luis Bagué Quílez: *La poesía española desde el siglo xxi. Una genealogía estética*. Madrid, Visor, 2018, 253 pp.

Autor de algunas de las más destacadas monografías sobre poesía española contemporánea y poeta imprescindible en el panorama literario español de los últimos años, Luis Bagué Quílez vuelve al territorio de la crítica con el libro *La poesía española desde el siglo xxi. Una genealogía estética* (Madrid, Visor, 2018), en el que recoge textos que obedecen a una razón genealógica: dar cuenta de la huella que algunos de los más importantes autores del siglo pasado han dejado en la poesía reciente. Aunque el libro recoge diferentes estudios escritos a lo largo de los años, presenta unidad orgánica por la cosmovisión que se ofrece en sus páginas. Ahora los trabajos se presentan en un conjunto que adquiere además una perspectiva histórica, como apunta el título del libro: *desde el siglo xxi* el crítico nos ayuda a arrojar luz sobre la poesía contemporánea gracias a un doble foco, por un lado leyendo a contraluz la poesía actual a través del filtro de las principales corrientes del siglo xx y, por otro, poniendo de manifiesto la pervivencia de los grandes maestros del siglo pasado en las poéticas actuales.

El camino comienza con dos de las grandes presencias tutelares de prestigio ininterrumpido en el devenir de la lírica contemporánea, con modulación en los tonos según la estética de la época en que se recuperan. En los capítulos “‘Vino primero frívola’: la recepción de Juan Ramón Jiménez en algunos poetas recientes” (13-30) y “Una derrota compartida: huellas de Antonio Machado en la lírica contemporánea” (31-42), se analiza el legado respectivamente de Juan Ramón Jiménez y de Antonio Machado, que influye en las vertientes que caracterizaron el siglo pasado alternándose en su oposición hasta llegar a una síntesis que rechaza las dicotomías. Entre las dos tendencias de la primera mitad del siglo xx, por lo menos, que remiten a la atávica dualidad de los que se inclinan por la finalidad estética y de los que apuestan por una escritura comprometida, a partir de los años ochenta la recepción de los dos grandes poetas los saca “de las casillas antagónicas en las que los había situado el sesentayochismo” (10) para poner de relieve paralelos relativos a su continuidad entre lo público y lo privado, como ocurre con ecos juanramonianos en algunos versos de Javier Egea –que ponen de manifiesto el compromiso fundado en una vuelta a la intimidad y a la historia–, por ejemplo, o como se puede apreciar en los versos de Luis García Montero que transforman la “palabra en el tiempo” machadiana en “palabras en el tiempo” que reúnen experiencia colectiva y vida cotidiana.

La sensibilidad literaria de Juan Ramón Jiménez sigue vigente también en el siguiente capítulo, “Emblemas de la modernidad en la primera poesía de Car-

men Conde (1929-1939)" (43-58), dedicado a los aspectos de la modernidad en la mecánica terrestre de los primeros poemarios de la autora de Cartagena, que se debaten entre los vínculos afectivos, impresionistas y panteístas que la arraigan a su tierra natal y los espejismos del progreso mecánico que, por otra parte, sorprendieron a sus contemporáneos. Entre estos, el estudioso sigue su recorrido consagrando el texto posterior a Miguel Hernández y a su compromiso "airado", centrándose en el riesgo de "sustituir la experiencia de otros" (59) que se esconde en la escritura comprometida. En este capítulo, "En las manos del pueblo: el compromiso 'airado' de Miguel Hernández" (59-78), el crítico logra arrojar luz sobre la gestación de *Viento del pueblo* por medio de la fuente clarificadora del compromiso contemporáneo, que de la lección de autores como Hernández aprende a "elaborar un yo 'a la altura de las circunstancias' tan personal como transferible" (60), más allá de la gramática de urgencia debida a la contingencia histórica sufrida por el poeta de Orihuela.

Los capítulos siguientes atienden a la configuración de algunos aspectos característicos de buena parte de la nómina del cincuenta: desde la conciencia de clase de la alta burguesía catalana, una de las identidades que configuran la épica subjetiva de Jaime Gil de Biedma, luego reivindicada por las complicidades intertextuales de la musa experiencial de los ochenta y los noventa, se pasa al "áspero mundo" de Ángel González y a su influencia en la poesía reciente (incluso la del mismo Bagué Quílez). El crítico no deja de evidenciar las tramas melódicas tejidas por el autor de *Tratado de urbanismo*, y esta búsqueda de significado a través del tono profundo del verso deja paso a la rítmica del poeta que encontramos a continuación y a su "alma de blues" (127), la de Antonio Gamoneda. Entre todos sus poemarios, en opinión del estudioso es precisamente a su *Blues castellano* al que se debe buena parte de la huella dejada por el poeta ovetense en la lírica más reciente, a pesar del silencio en que Gamoneda también encontró una nueva manera de decir.

Aníbal Núñez y Víctor Botas, "dos autores que perdieron el tren 'novísimo'" (11), protagonizan los capítulos siguientes. En el estudio sobre Núñez, "De la tierra al aire: ruinas de la naturaleza en Aníbal Núñez" (145-170), a través del tópico del *locus amoenus* y de su reelaboración en clave negativa y también de la desautomatización del lenguaje publicitario –recursos muy fecundos que Bagué ha aplicado además al estudio de poéticas de otros autores–, se nos muestra una *Naturaleza no recuperable* (1976) que prefigura muchos de los tópicos basados en la naturaleza que siguen vigentes en la poesía española de las últimas décadas, como ocurre en "el bosque ascético de Jorge Riechmann, la viña horaciana y el huerto cibernético de Juan Antonio González Iglesias, o los *road poems* de Alberto Santamaría" (168). En el texto centrado en Víctor Botas, ("Pero... ¿hubo alguna vez un clasicismo posmoderno? De Víctor Botas a la poesía actual") (171-190), Bagué Quílez sitúa el foco sobre el clasicismo y la controvertida alineación en las filas de la posmodernidad del poeta ovetense, el "último romano" que, con su inversión paródica de la mitología y de la historia, "podría adscribirse a un clasicismo posmoderno que enciende una vela a Horacio y otra a Woody Allen" (172). El hilo de Ariadna que Botas teje a partir de su *Historia antigua* (1987) nos

lleva, de la mano del crítico, a poemarios más recientes que asimismo conciben el arte y los mitos como puentes entre épocas, como *Atenas* (2013) de Juan Vicente Piqueras o *La siesta de Epicuro* (2008) de Aurora Luque.

La invocación de las musas, alejadas ya del rigor de la mitología clásica, continúa en los dos capítulos siguientes, “La otra sentimentalidad: ¿un ‘hermoso simulacro’?” (191-200) e “Identidades improbables en la poesía de Felipe Benítez Reyes” (201-216). Con *La otra sentimentalidad* la musa se viste con vaqueros e inspira a los poetas que en 1983 firman el que podría considerarse como “el último manifiesto de la poesía española” (191) y cuyos versos se mueven entre vocación ficcional e indicios autobiográficos. La definición de la identidad poética –o de su atomización– sigue con el texto dedicado a Felipe Benítez Reyes, quien “cultiva una poética del escaparate donde los objetos, las realidades y las emociones se exponen al escrutinio de un destinatario convertido en *voyeur*” (203). Condensa Bagué Quílez en la imagen del escaparate la visión exacta de estas poéticas: este marco de cristal es una puesta en escena, una seducción consumista y también el reflejo de una identidad quizás distorsionada de las conciencias poéticas portátiles e intercambiables de finales de los noventa.

Los dos últimos textos, “La poesía española bajo el efecto 2000 (dos o tres cosas que sé de ella)” (217-228) y “Un compromiso ‘deshabitado’: representaciones de lo social en los poetas del siglo xxi” (229-253), dejan de lado los retratos individuales, los nombres propios y las subjetividades apócrifas del siglo y de los capítulos anteriores para abrir paso a una fotografía de grupo en la que, con constante lucidez, Luis Bagué Quílez nos presenta el hiperónimo de la generación 2000, sus afinidades electivas y el álbum de fotos de las antologías del tercer milenio. Después de la dispersión del paradigma experiencial, retomando las palabras del mismo Bagué Quílez y de Alberto Santamaría en *Malos tiempos para la épica. Última poesía española 2001-2012* (2013), el recorrido a través de la poesía española contemporánea nos ha conducido al territorio actual, que se encuentra a medio camino entre las fronteras levantadas por la crítica de los ochenta y el lugar sin límites que se dibuja en el horizonte del siglo xxi; su constante movimiento solo se puede atrapar a través de una mirada laberíntica.

En definitiva, *La poesía española desde el siglo xxi* nos proporciona un mapa muy útil para movernos en las fronteras, siempre cambiantes, de la actualidad poética. El investigador que se acerque a este libro descubrirá en él las piezas necesarias con las que reconstruir más de cien años de ecos en verso, hasta llegar a los territorios poéticos y a sus subjetividades *deshabitadas* de hoy en día. Esta es la labor del crítico: desplegar un mapa a la vez que sigue dibujándolo y proporcionarle al lector una brújula y una linterna para que pueda habitar el territorio poético apreciando toda la riqueza de sus matices. Una cartografía poética, la de Luis Bagué Quílez, siempre imprescindible.

GIULIANA CALABRESE
Universidad de Bérnago
giuliana.calabrese@gmail.com